



EL VIEJO MOLINO

EN mi quchacer de naturalista por estas llanuras manchegas, como en mis correrías por tierras más accidentadas y risueñas de prados permanentemente verdes, bosques umbrosos y abundancia de aguas bulliciosas, he sentido siempre atracción por los molinos rústicos harineros movidos por el agua. Es la *acña*—su verdadero nombre castellano— que se oculta entre el bosquejo del fondo de un valle, en la España lluviosa de paisajes alegres y risueños, o entre los copudos álamos que en la llanura se destacan como un oasis.

Aquí, su proximidad se siente con más deseo y atracción, pues a la terminación de una larga caminata por la polvorienta llanura, ¡con cuánto deseo se aproxima el andariego en busca de su asilo acogedor! La fresca sombra de sus álamos de hojas temblonas, el murmullo del agua que del *caz* se precipita por el salto bullicioso (engendrador de su energía) o por el *ladrón* aliviadero, dan al ánimo fatigado del caminante una sensación inefable de bienestar y acogimiento que nunca se olvidan.

Por eso yo, que tanto regocijo y satisfacción he experimentado en sus florecistas acogedoras, quiero aquí, mirando a esta fotografía de un viejo molino manchego, dedicarle con mi torpe pluma estas mal hilvanadas líneas. Bien merecías otra mejor tajada que la mía que supiera contarte en bellos y sonoros versos, ¡viejo molino!, que la poesía sería la forma más adecuada para hacerlo.

Molino maquilero humilde, de paredes desconchadas y desvencijadas, que palpitas en tu seno como cosa viva. Al compás de la *cítola*, vas dejando caer los rubios granos de trigo desde la tolva a las *muclas*—regulando la cibera— para ser como purificado en forma de blanca harina que servirá para la confección de nuestro pan cotidiano. Pan bendito que desde los tiempos más antiguos pide el hombre en sus diarias oraciones para que no le falte cada día. De ahí que tu actividad tenga la función de un